



Boletín GeoEcon

Número 2 – Año 2016 – Versión digital

<http://boletingeoecon.wordpress.com>

Las crisis económicas en el Sistema Mundial desde 1970

Una primera aproximación

Omar Gejo

Alan Rebottaro

Gustavo Keegan

Este trabajo se centrará en la descripción de las crisis más importantes que ocurrieron en los últimos cuarenta años en el mundo (1).

1 - Una necesaria introducción

Para comenzar, debemos realizar una aclaración tan necesaria como pertinente, un simple comentario que hace al meollo de la cuestión. Cuando hablamos de crisis, nos estamos refiriendo a un tipo particular de ellas. No son cualquier crisis, son crisis capitalistas.

Esta observación, que puede parecer superficial a simple vista, en realidad, es un elemento clave al momento de caracterizarlas.

Ahora bien, hay que destacar otro aspecto muy importante, y es que no tienen un carácter transitorio o coyuntural, como declaran muchos “especialistas”. Por el contrario, deben describirse como estructurales, producto de las propias contradicciones del capitalismo.

Y entre las contradicciones más significativas se encuentra el hecho de que en el mundo sobran mercancías y capital, algo verdaderamente paradójico si se tiene en

cuenta el nivel de desigualdad material existente en la humanidad. Esta situación tiene su origen en la enorme anarquía productiva. Todos los capitalistas producen desmedidamente y contribuyen, directamente, a incrementar el exceso de mercancías, a extender la oferta, a generar sobreoferta.

Entonces ocurre el efecto contrario al buscado, las mercancías constituyen un stock inútil, un lastre letal, no rinden beneficio, no producen plusvalía, no originan ganancias.

De esta manera, y para decirlo en términos más claros, las crisis capitalistas son consecuencia directa y proporcional de la sobreproducción de mercancías. Cuanto mayor sea el grado de saturación del mercado más profundas serán las interrupciones en la producción, más brusco será el freno en la reproducción del capital.

Y una de las formas de combatir este exceso de mercancías en los países imperialistas es la exportación de capital, es decir extender geográficamente el radio de explotación de los trabajadores, proletarizando a grandes franjas del planeta, para recomponer la rentabilidad que se ve afectada por la crisis. Sin embargo, no hay geografía capitalista que esté libre de semejante contradicción.

En suma, esto constituye una de las amenazas más peligrosas del capitalismo. En cada crisis se revelan los límites del sistema, que lejos de encontrarse en ascenso, se halla, desde hace ya mucho tiempo, en decadencia, y se dirige, irremediamente, al colapso.

2 - Una aproximación a una caracterización para las últimas décadas

Ensayaremos ahora una primera caracterización de la etapa concreta que atravesó el Sistema mundial desde 1970.

Para ello nos valdremos de dos referencias hechas por dos autores. La primera de ellas pertenece al economista Jorge Beinstein, y proviene de un trabajo publicado a fines de la década de los noventa. En ese trabajo Beinstein analiza la economía mundial desde una perspectiva de largo plazo, ubicando a los años setenta como el momento de inicio de la nueva etapa. Observa el proceso de financierización como una circunstancia dependiente de caída de la tasa de beneficio en las economías imperialistas, producto de una desaceleración del crecimiento económico a partir de los años sesenta. La visión del

autor es la de una crisis de larga duración, postulada en el marco de la decadencia sistémica.

“Tiempo sembrado de depresiones, estallidos inflacionarios y desórdenes financieros que arranca desde comienzos de los setenta con la crisis monetaria de 1971 y el primer shock petrolero de 1973, siguió con estanflación, la crisis de la deuda periférica de comienzos de los ochenta, la crisis financiera de 1987, la crisis mexicana de 1994...” (Beinstein, 1999: 26).

Ahora, sumaremos un segundo aporte. Pertenece a Jorge Altamira, político y analista internacional. La cita es parte de una caracterización de la situación mundial a comienzos de 2004. Está presente en ese momento ya la invasión a Iraq. Este trabajo sucede al primero en casi cinco años. Para el autor, la crisis de 2001 resultó el cierre de un ciclo especulativo eufórico producto de la disolución de la URSS. Y señala al binomio deflación y crisis financieras como las tendencias económicas condicionantes de la política mundial.

“La fase económica que se inicia alrededor de los años 70 se distingue de la que tuvo lugar a partir de la posguerra, no solamente por una inversión de tendencia en la curva general del desarrollo de la producción. La caracterizan, por sobre todo, las recesiones cíclicas de características explosivas que se combinan con crisis financieras de inusitada amplitud, como consecuencia del estallido de ‘burbujas’ especulativas, del extraordinario endeudamiento de los estados, y de los capitales individuales y de los consumidores, con los que se intenta cebar la ‘recuperación’ económica. Los derrumbes financieros que van de 1994 al 2001 clausuran el ciclo especulativo extraordinario que se inicia con la ‘euforia’ que provocó la disolución de la URSS. La economía mundial, en su conjunto, se caracteriza por la tendencia a mayores crisis financieras y a la deflación. La política mundial, a su vez, se encuentra condicionada por estas tendencias de la economía (Altamira, 2004).

3 - Una descripción somera de las crisis económicas de esta etapa

a) La crisis de 1973-1974

La “Crisis del Petróleo” fue el límite formal al largo período de recuperación de Posguerra. Puso fin a la era del petróleo barato, de la energía barata. Este

encarecimiento de la energía tuvo un período de una década y media. Involucró a dos “crisis petroleras”: la de 1973 y la de 1979. Las dos tuvieron por “detonadores” al Medio Oriente. La primera se adosó a la guerra árabe-israelí (también conocida como de Yom kippur). La segunda, casi al final de la década de 1970, se sobrepuso a la Revolución Islámica, que acabó con el régimen pro-norteamericano del Sha Reza Pahlevi en Irán.

La crisis, que tuvo causas más profundas que las estrictamente petroleras, y que se desarrolló desde mediados de los años sesenta, puso fin a la recuperación de Posguerra, dando inicio a un período de más bajo crecimiento tendencial, y respondió a una primera situación de saturación del mercado mundial tras la recuperación de los centros históricos del capitalismo afectados en la Segunda Guerra Mundial.

La recuperación tras la Segunda Guerra Mundial contó con el inigualable prólogo de una destrucción homérica por la contienda y, secundariamente, podríamos decir que recibió el “viento de cola” de una energía fósil barata. Esos dos fenómenos cesaron con la crisis de los setenta.

Entonces, a un escenario de “saturación” del mercado mundial, producto de la “resurrección” de Alemania y de Japón, le siguió el súbito encarecimiento del precio del petróleo. El resultado de ello fue la conocida estanflación: unos años de bajo crecimiento y un incremento de la inflación.

Este fue el momento del quiebre del paradigma “keynesiano”, que dejó paso a lo que habitualmente se conocería de allí en más como “neoliberalismo”, que encontró a ambas orillas del Atlántico a dos patrocinadores de primer orden: en Gran Bretaña, el largo gobierno conservador encabezado por Margaret Thatcher; y en EE.UU. otro período largo de hegemonía política del partido Republicano, abierto por la llegada de Ronald Reagan a comienzos de los ochenta, tras el gobierno demócrata de James Earl Carter de la segunda mitad de los setenta

Esta crisis de los setenta, por lo tanto, es mucho más que su acotada caracterización concreta de “petrolera”. Sus consecuencias y su “salida” son, por su parte, también mucho más de lo que habitualmente se observa o atisba. Eso que se ha denominado “financierización”, se incubó en este pasaje de tiempo. En términos de lo que hoy tan en boga se denominaría “geopolítica”, la renta petrolera meso-oriental constituyó un punto de partida material del giro de los acontecimientos internacionales, apuntalando la gestión financiera de ese excedente petrolero, abriendo paso a una

certera mutación del mundo industrial hacia uno posindustrial. Wall Street y Londres fueron los centros urbanos por excelencia que encarnaron esa transformación radical del paisaje en dos connotadas geografías del Norte.

b) La crisis de 1982

En agosto de 1982 se desató la crisis de la deuda externa mexicana. Con ella se desarrollará la crisis de conjunto de la deuda latinoamericana que adquirirá diferentes alturas, pero que marcó toda la década del ochenta. Una década que ha sido llamada como la “Década Perdida”, toda una referencia para el panorama regional de esos años.

La traducción de estos años está dada por una baja tasa de crecimiento y un proceso inflacionario agudo que alcanzó expresiones hiperinflacionarias. Estos hechos fueron el correlato de la asunción de las abultadas deudas externas por parte de los fiscos nacionales. Esa crítica configuración fue producto del desarrollo acontecido en la década previa, en los años setenta. Como hemos antedicho, la “Crisis del Petróleo” sentó las bases para una acumulación de capital producto de la exportación de la renta petrolera de los estados petroleros (las petro-monarquías del Medio Oriente), encabezados por Arabia Saudita, uno de los pilares de la “estabilidad” de la región, férreamente alineada con EE.UU. e Israel, que junto con Irán y Turquía constituyeron el cerrojo del orden en Medio Oriente.

En la segunda mitad de los setenta, durante el gobierno de James Earl Carter, siendo el titular de la Reserva Federal Paul Volcker, se llevó a cabo un giro brusco en la política de las tasas de interés, cuyo nivel ascendió bruscamente. Con ello se produjo una inversión de las corrientes de capital. Mientras los setenta habían sido años de un fluir de capital hacia la periferia, con la nueva política de la Reserva Federal se invirtió la tendencia, y los capitales fluyeron hacia los circuitos centrales, que oficiaron de aspiradoras del capital antes desparramados en los mercados de la Periferia. Estamos hablando de los “petrodólares”, un primer reciclamiento de capitales hacia la Periferia tras la crisis de 1973-1974. La gestión de este excedente encontró en América latina un principal destino, aunque no el único.

El endeudamiento contraído durante los setenta, de pronto, se convirtió en un peso muerto, imposible de ser asumido. EE.UU. pasó a aspirar cantidades de capital que alimentaron, en los primeros años de los ochenta, un déficit fiscal pronunciado que

financió a la gestión de Reagan, orientada hacia una dirección de un “keynesianismo militar” (2).

Para América Latina significó ingresar en un período de inestabilidad económica y política que derivó en América del Sur en la reaparición de las “democracias”, encabezadas por el proceso argentino, en 1983. Además, estructuralmente, clausuró el período (o etapa) caracterizada como de industrialización de mercado interno o por sustitución de importaciones. Esto último ocurrió de norte a sur, de México a la Argentina, pasando por Brasil (3).

c) La crisis de 1987

En el mes de octubre de 1987 se produce una brusca caída de las acciones de la bolsa de Wall Street. El retroceso llegó a casi 25 %. Este hecho significó un límite a la valorización que este circuito había vivido a través de la política de la Reserva federal desde fines de los setenta, y que se había reforzado tras la debacle de la deuda latinoamericana. El quiebre de este movimiento con eje en la Bolsa de Nueva York comenzó a gestarse cuando en el año 1985, la administración Reagan empujó un cambio drástico en la relación del dólar con las monedas de sus principales competidores capitalistas, Alemania Y Japón. En lo que se conoció como el Acuerdo del Plaza, EE.UU. realineó el dólar respecto del marco y del yen. Este suceso estuvo en la base de lo que se conocerá como la crisis de 1987, el Crack de Wall Street (4).

La desvalorización del dólar y la revalorización del marco y del yen produjo duras consecuencias. Una de las más importantes, el comienzo del fin del ascenso japonés, bajo la forma de una potencia mercantil sostenida en un avasallador registro comercial exportador. A decir verdad, el Japón reaccionó de dos maneras. La primera, a través del tendido de un puente productivo con el Asia del Este, que fue utilizado como una vía indirecta para eludir el encarecimiento del proceso productivo en el archipiélago nipón. La segunda forma, mediante la exportación de capital hacia los EE.UU., orientada hacia las inversiones inmobiliarias. El abaratamiento de las propiedades en EE.UU. facilitó el reingreso de capitales, sobre todo en el circuito inmobiliario. En el caso alemán, la adaptación se encaminó a construir la “fortaleza” europea.

Pero la crisis de 1987 tuvo otras consecuencias, también significativas. La crisis puso en evidencia la existencia de un exceso de capital. La crisis de 1982 había transformado en mala palabra a la Periferia o el Tercer Mundo. La caída en desgracia de

estos destinos, sobre todo de América Latina, reforzó el ahogo de los circuitos de capital “encerrados” en el mercado estadounidense pero ahora presionados para salir, sí o sí, tras la caída de la bolsa. Este fue el momento de la aparición de los “mercados emergentes”. Con esta fórmula discursiva se pretendió impulsar la exportación de capitales hacia la denostada periferia. Esta “operación” se complementó con el Plan Brady, que consistió en “resolver” la cuestión de la deuda latinoamericana. Esta “resolución” también fue funcional a las necesidades de desagotar el anegado mercado estadounidense.

Nueva York se erigió, una vez más, en la gestora de este momento que se prolongará durante los años noventa.

La “Caída del Muro” fue el inevitable prólogo de la colonización financiera de Europa Oriental y complementó el “saqueo” Brady en el “patio trasero”. Fueron entonces los momentos áureos de la “Clintonomics” y del “cosmopolitismo” de eso que se conoció como la “globalización” (5).

d) La crisis de 1994

Los años noventa se presentan como la época que sintetiza el cenit de la “globalización” o de la “unipolaridad”, momento que encontró un límite claro con el atentado de Nueva York, pero también con la crisis de la Convertibilidad argentina, un hecho no menor, tanto por sus consecuencias como por sus orígenes. Estos últimos hay que buscarlos precisamente en la cadena de crisis que azotaron a la Periferia a lo largo de la década del noventa y que podríamos decir que se descerrajaron a partir del llamado efecto “Tequila”, la emblemática crisis mexicana de fines de 1994. Las primeras, las consecuencias, pueden situarse al nivel de la superestructura: la crisis de 2001, nos referimos a la argentina, será la primera de envergadura de la crisis de gobernabilidad o cuestionamiento de la “globalización”, o de lo que se ha entendido por ella.

La crisis mexicana de 1994 podríamos considerarla una segunda vuelta de la de 1982, y colocó a México nuevamente como pionero de una crisis que excedía largamente la dimensión estrictamente nacional de un país de la periferia, aún cuando este país no pueda considerarse un país menor, ni por su cantidad de población ni por su posición geográfica, ubicado junto a la primera potencia internacional. Es en este último

caso en el que el país “azteca” refleja y resume el conjunto de contradicciones que emanan del “gran vecino del norte”.

Precisamente, desde 1988, gobernaba México Carlos Salinas de Gortari, el hombre que produjo el viraje duro hacia el “neoliberalismo” del PRI (Partido Revolucionario Institucional). Salina de Gortari, un hombre de Wall Street, además de ser un miembro de una prominente familia del P.R.I., fue la punta de lanza de un proceso de colonización financiera que implicó la entrega definitiva del patrimonio público del estado mexicano. Este asalto fue compartido por el capital imperialista con un selecto grupo de capitalistas nativos que se hicieron “fuertes” en ciertas posiciones de control sobre el vedado mercado de servicios sobre todo. (véase nota 3)

Durante la década previa el país había asistido ya al crecimiento de la “industrialización” acotada, apendicular, conocida como maquila, en el norte del país, y en el gobierno de Salinas de Gortari se profundizó este proceso complementado con la enajenación de distintos servicios que formaron parte del connubio arriba aludido entre el capital imperialista (norteamericano y español preferentemente) y la cofradía de capitalistas “amigos”.

Llegado el momento de la transición política, al final del mandato de Carlos Salinas de Gortari, la tradicional inestabilidad de estos tiempos precipitó una crisis de magnitud, que obligó a la administración estadounidense, al gobierno de W.J. Clinton a generar un rescate en escala de una economía que se asomaba al abismo. Ese rescate, vale aclarar, se hizo en primera instancia para salvaguardar los intereses de los “inversores” estadounidenses, es decir, para proteger a Wall Street (6).

Un país en el borde de los EE.UU. no podía escapar a una crisis que se presentaba como política pero que no podía desconocer también sus profundas causas económicas y no mexicanas. El “modelo” mexicano no era tal, y su única “virtud” era poseer una posición determinante, decisiva para los EE.UU., que lo hacía objeto de una intervención preferencial que lo ponía a salvo de una debacle económica, social y política, potencialmente desestabilizadora para el propio EE.UU.

Pero la crisis mexicana fue un anticipo de un cambio de ciclo que se advertiría durante la crisis “asiática” de 1997, y que tuvo por base una tendencia de fondo a la valorización del dólar respecto de las principales divisas, sobre todo el yen, y que jaquearía a la periferia como la activa receptora de capitales que había sido hasta allí.

e) La crisis de 1997

El año de 1997 fue un tiempo “bisagra”, pues allí se desarrollaría la crisis asiática o el comienzo del fin de la “globalización”.

Es que el Este de Asia se había transformado en una periferia avanzada, por lo menos teniendo en cuenta a las experiencias de Corea del Sur y Taiwán, dos países de constante ascenso desde los años sesenta, que sortearon la “crisis del petróleo” y que en los ochenta se afianzaron como la alternativa productiva de la Periferia. Fueron la contracara de la declinante Latinoamérica, que asistió a la “década perdida” y al acoso de la industrialización mercado-internista o de sustitución de importaciones. Los “Tigres”, así se los llamó, eran un pequeño grupo de países del Este de Asia que se había erigido en el faro de la evolución económica exitosa regional, ascendiendo los peldaños de la escalera al desarrollo en un tiempo bastante abreviado. El Banco Mundial, por ejemplo, a mediados de los noventa, había tomado a estas experiencias asiáticas como íconos del buen proceder, sobre todo al calor de la caída en desgracia de la economía mexicana en el año 1994 (7).

La crisis de 1997 fue un cimbronazo que, en los primeros momentos, amenazó con lapidar al “Modelo asiático” casi sin solución de continuidad con las desproporcionadas alabanzas hasta entonces recibidas.

La crisis “asiática” puso en el ojo de la tormenta a las “plataformas industriales de exportación” que Asia del Este había aupado desde los años setenta. Y hubo en aquellos momentos, en los primeros tiempos poscrisis, vehementes análisis que daban por cerrada aquella experiencia, cuando no directamente se la denostaba.

La crisis de 1997 puso en entredicho el papel de fácil absorción, de receptora segura, que la Periferia había jugado respecto de los capitales “ociosos” desde fines de los años ochenta. Al respecto, pronto habría una respuesta conceptual indicativa del ajuste que la crisis generó. A fines de esa década, los “mercados emergentes” darían paso a los “BRICS”. Este “concepto”, que no ha sido convenientemente analizado represento un “después” para buena parte de las premisas globalizantes (8)

Además, la “crisis asiática” fue el punto de partida de un conjunto de crisis (Rusia, Brasil, Turquía, Argentina, para nombrar a las principales) que denotaban el fin de un ciclo. El fin del abstracto determinismo económico anti-material del mercantilismo posmoderno, de los mercados sin “geografía”.

f) La crisis de las punto.com

La primera década del nuevo siglo trasladará la estela de las crisis otra vez al Centro, al seno de los países imperialistas. La crisis, tras algunos rodeos, volvía a su punto de origen, las economías desarrolladas, y en particular a los EE.UU., que desde los años setenta constituye el corazón de la cuestión. Los sucesos que sobrevendrían nos colocarán en la situación que hoy atravesamos, y que puede definirse como de “desglobalización” (9).

Desde el año 2000 se desarrollará en EE.UU. un proceso que se manifiesta en la abrupta caída de los precios de las “acciones tecnológicas”. Este hecho marcó una caracterización que se impondría de allí en más como síntesis conceptual (o descriptiva) para interpretar los tiempos que se vivían; la era de las “burbujas”. La crisis de las “punto.com” expresa concentradamente ello. Por varias razones.

Nos encontramos aquí en un punto que creemos sustancial desde una perspectiva amplia, multidimensional. Durante los años noventa, bajo la era “Clinton” se concentró un tiempo en el que se edificó lo que podríamos llamar el modelo “Silicon Valley”. Silicon Valley fue un epifenómeno de una transformación de los EE.UU. en una potencia de servicios, hecho que a la par acompañaba la “desindustrialización” del país. Y que expresaba también una fuerte concentración del ingreso, y además una concentración y centralización de capitales. Todo eso se manifestaba en “Silicon Valley”. La administración Clinton fue la referencia de este proceso, que tuvo a Wall Street como su pivote. Las expresiones “populismo de Wall Street” o “populismo de mercado” resumen este hecho

No puede desligarse la crisis de las punto.com de la llegada de George W. Bush y sobre todo del curso intervencionista de esa administración, que se caracterizó por las respuestas belicistas en Asia Central y Medio Oriente. La administración “Bush”, por su parte, puede ser enmarcada entre la “crisis punto.com” y la “crisis sub-prime”. Y en su interior, definida por una clara política exterior armada. Cualquier ligazón estrecha de estos hechos puede resultar una estimulante forma de aproximar realidades que, por lo general, se distancian.

g) La crisis “sub-prime”

Finalmente llegamos a la última de las crisis, la que conduce a la “Gran Recesión”, que se considera un punto y aparte en toda esta historia.

La crisis de los “sub-prime”, o crisis de la burbuja hipotecaria, se desarrolla a partir del año 2006 y culminará en el año 2008 en una crisis financiera extendida, que obligará a un rescate de su sector bancario por parte de los estados imperialistas, Este hecho fue conocido también como la “Gran Recesión”.

A partir de allí, la era “neoliberal” queda definitivamente herida. Todo aquello que pretendidamente la definía se desmoronó. Se observó a simple vista la furiosa intervención de los estados a favor del capital concentrado. El “demasiado grande para caer” fue el corolario conceptual de la bancarrota de este ideario tan omnipresente desde los años setenta. Y le cupo a Barack Obama lidiar con este síndrome, y la respuesta ya la conocemos: la emergencia política de Donald Trump. El magnate inmobiliario devenido en presidente es, en este sentido, simplemente la versión estadounidense, concentrada, del impasse que ha generado la crisis de 2008.

La crisis sub-prime es un reflejo de la extensión de la era de la “burbujas”, que finalmente con sus límites le devolvieron materialidad a la desmesura de la inmaterialidad que proclamaba el reino eterno de la virtualidad. La crisis “hipotecaria” fue la contraparte de la caída en desgracia de las punto.com, de las acciones tecnológicas. Esta última respondía al pretendido mundo inmaterial, la primera, en tanto, nos remitía nuevamente a una materialidad concreta, que los argentinos conocemos bien: pasan las crisis, quedan los “ladrillos”. El “ladrillo” fue el último refugio de la fuga hacia delante de la era de burbujas.

5 - A modo de conclusión

Los años setenta comenzaron con una crisis paradigmática, la denominada “Crisis del Petróleo”, y con ello se dio curso a un giro de los acontecimientos mundiales.

Empero, una lectura que vaya más allá de la “economía” debería enfatizar los aspectos “geopolíticos” del cambio de época. El relativo “equilibrio” de las potencias capitalistas fue roto mediante una acción decidida de EE.UU., que se prohió desde el repudio del acuerdo de Bretton Woods. Desde ese momento, la política de la Reserva Federal se transformó en el ariete de esta estrategia contraofensiva de EE.UU. para enfrentar el desafío que le proyectaban la República Federal de Alemania y el Japón.

Esta política monetaria expansiva fue uno de los aspectos centrales de una “guerra comercial” encubierta, que se manifestó atenuada por distintas calificaciones apologéticas predominantes (“libre-empresa”, “libre-mercado”, “libre-competencia”, o un epítome de todas ellas, “globalización”).

Ese mismo giro de los setenta es el que apadrinó tanto la apertura china (a fines de los setenta) como a la Perestroika soviética (a mediados de los ochenta). Es decir, fue ese mismo contexto también el cuadro para entender los profundos cambios “euroasiáticos”. La “Caída del Muro”, a partir de los noventa abrió el terreno para hablar de “globalización”, una perspectiva presente desde los setenta pero definitivamente impuesta en la década del noventa, escudada en aquel mega-hecho político (10).

El horizonte euroasiático entonces abierto conjugó, a largo plazo, dos tendencias o proyecciones: la industrialización en Asia y la desindustrialización (en diferentes formas y niveles en Occidente). Esta segunda fue acompañada por una retahíla de ciclos de auges y caídas de valorización financiera (burbujas). Al cabo de ellos, con la última crisis como testigo (2008), esa perspectiva desarrollada por la “Caída del Muro” parece agotarse, y nuevos hechos y discursos comienzan a desplegarse (11).

Notas

1) Este artículo es el primero de una serie orientada a establecer una correlación entre crisis económicas y crisis políticas a nivel internacional, a partir de 1970. Este ejercicio es parte de un proyecto en el marco de una asignatura de la carrera de geografía de la Universidad nacional de Luján (UNLu).

2) El gobierno de Ronald Reagan debutó con un profuso déficit fiscal, azuzado por un programa armamentístico de nueva generación conocido popularmente como “Guerra de la Galaxias”, o Iniciativa de Defensa Estratégica. Este consistía en la creación, entre otras cosas, de un “escudo espacial antimisiles”, cuyo objetivo confesado era decretar la obsolescencia de la capacidad misilística soviética de aquel momento. El plan fue adoptado en 1983 y vulgarmente se lo asoció con un desafío científico-técnico y económico insoportable para la Unión Soviética.

3) Carlos Slim Helú, un empresario mexicano de origen libanés, ha sido durante mucho tiempo el abanderado de la gran burguesía de su país. Se constituyó en el hombre de mayor fortuna del planeta y compitió por ese cetro con Bill Gates, el prohombre de los emprendedores de la época. Haber obtenido tamaño resultado es la prueba elocuente de la magnitud de los emprendimientos llevados a cabo por Carlos Slim, teniendo por geografía económica de origen a un México que dista de ser comparable a los más grandes mercados centrales, por caso, desde ya, a EE.UU., la patria de Gates. Slim tuvo a los tiempos del “neoliberalismo” como el escenario soñado para su despegue empresarial, y en particular a la era de

Salinas de Gortari. Carlos Slim fue uno de los “protegidos” de aquellos años, los noventa mexicanos. Por eso resulta relevante y demoledor el testimonio que este gran empresario acaba de ofrecer en el marco de un Foro en la capital mexicana. Slim proclamó la necesidad de volver, en cierta medida, al viejo modelo de sustitución de importaciones: “México debe volver a promover el mercado nacional”. Carlos Slim enmarcó sus consejos en el contexto de la victoria electoral de Donald Trump y en la perspectiva de una materialización de una política proteccionista por parte del electo político republicano. El “dueño” de la telefonía azteca prodigó una serie de datos que derrumban los mitos prevalecientes en las décadas previas. Para Slim queda claro que el desempeño de la economía mexicana fue muy superior hasta 1982, comparada con lo que ocurrió desde allí en adelante. Bajo el período de crecimiento sobre el mercado interno, el país lo hizo a una tasa tres veces superior a la que se obtuvo a posteriori, durante el “neoliberalismo” (6 % frente a 2 %). Además, descartó la posibilidad de obtener inversiones extranjeras para alcanzar la velocidad de crucero de crecimiento (5 %) que México necesita para su desarrollo. Y, finalmente, responsabilizó al tiempo “neoliberal” de la emigración cuantiosa de mexicanos. Estas rotundas afirmaciones provenientes de Carlos Slim alcanzan una entidad difícil de desconocer (La Jornada, 2/12/16).

4) Desde el año 1986, y durante algún tiempo, el mercado petrolero fue sacudido por una acción bajista sostenida por parte de Arabia Saudita. Este hecho, determinante, acompañó el segundo lustro de los ochenta, que fue complementario de la estrategia monetario-cambiaria estadounidense, tuvo consecuencias severas, graves para el escenario internacional: desde ser un componente para el ahogo de la U.R.S.S. hasta ser un factor desencadenante de la Primera Guerra del Golfo.

5) El paso de Bill Clinton por la Casa Blanca signó a ese tiempo como aquel que favoreció una “fiesta de los mercados”. Detrás de esta política económica se encontraba Robert Rubin, el poderoso Secretario del Tesoro desde 1995 a 1999. Robert Rubin fue durante un cuarto de siglo un hombre de Goldman Sachs y luego de su paso por la función pública alcanzó a ser presidente del CITIGROUP. Este vaivén fue señalado como un caso evidente de “puerta giratoria”. Es decir, una manifiesta connivencia privado-pública, generadora de todo tipo de enjuagues. La más acusada, la Ley Graham-Leach-Bliley (1999), que puso fin a las provisiones y prevenciones de la Ley Glas-Steagall (1933). Con esta nueva Ley se viabilizó un nuevo proceso de concentración y centralización de capitales bancarios, y concretamente la creación del CITIGROUP.

6) El año 1994 fue uno emblemáticamente mexicano. El primero de enero oficialmente ese país se asociaba al Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Lo que era para la administración de Salinas de Gortari un hecho histórico progresivo fue contestado en el sur del país, en Chiapas, por el levantamiento zapatista, que con su encomiable suceso internacional transformó ese día para el relato de los mexicanos. La insurrección del zapatismo, a través de un planteo militar acotado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), conmovió la monolítica subjetividad internacional impregnada hasta ese momento de boyante globalismo. Para México marcó profundamente ese año, sucediéndose una serie de hechos que signaron la campaña electoral. Se produjo el asesinato del principal candidato a suceder a Carlos Salinas de Gortari, entre otros hechos que indicaban la tendencia al desborde del

recambio de gobierno. Sobre el fin del año, tras la elección, se desató la crisis de lo que se conoció como el “Tequilazo”.

7) El término “Tigres” invocó a un pequeño grupo de países de fuerte reacción económica a partir de los años sesenta y setenta, que hacia los ochenta se fueron consolidando como experiencia económica “semiperiféricas”. Ellas fueron definidas como exitosas “plataformas de exportación”. Corea del Sur, Taiwán, Hong-kong, Singapur, Malasia y Tailandia son los países habitualmente descriptos como “Tigres”.

8) El acrónimo “BRICS” surge a fines de la década del noventa, tras la crisis en el Este de Asia y en las vísperas de la crisis del año 2001. Fue una concepción de un hombre de Goldman Sachs, Jim O’Neill. El término reunió en principio a cuatro (luego cinco) países: Brasil, Rusia, India, China (y después Sudáfrica). La “creación” implicaba una modificación sustancial del statu-quo interpretativo existente. Suponía un fuerte desgajamiento de la categoría abierta de “mercados emergentes”. Estos últimos, como hemos visto, fue una materialización geo-financiera de la década precedente, tras la crisis de Wall Street de la segunda mitad de los ochenta, y proyectó hacia adelante el horizonte abierto de un despliegue de mercados alternativos al consagrado circuito de “sólidos” mercados de los países centrales. Ahora, tras la crisis en Asia, con la aparición del “BRIC”, la tardía admisión de Carlos Slim Helú (ver nota 3) vemos que fue anticipada mundialmente en aquel momento. De las “plataformas de exportación” y de los “mercados emergentes” se pasaba a erigir a cuatro grandes geografías económicas en sujetos de un proceso “real” de inversión: amplios espacios nacionales, grandes territorios, fuerte disponibilidad de recursos naturales y grandes cantidades de población; la justa medida para construir profundos, anchos, sólidos, y seguros, “mercados nacionales”. El “too big to fall” expresado en términos geográficos alcanzaba una postulación conceptual de la cual se hicieron eco hasta los recintos académicos más acomodados, aunque en un sentido esquivo, el de la aparente reimposición de la plena vigencia de los capitalismos nacionales. Pero la expresión “BRIC”, que precedió a los hechos de New York del año 2001 y a la crisis argentina de ese mismo año, comportó, por anticipado, un repudio a la “globalización”. Esto ha pasado inadvertido para gran parte de los analistas., y merece ser tenido en cuenta. El término “BRIC” es un equivalente a ladrillo, semeja construcción. Esto habla de terreno, de territorio. Y también puede considerarse un antecedente de la burbuja hipotecaria esta derivación discursiva de la ingeniosa imaginación de la casa financiera Goldman Sachs.

9) La “globalización” ha significado varias cosas al mismo tiempo, pero uno de ellas, sin lugar a dudas, fue el devolver la idea del regreso de una tasa de crecimiento vigorosa de la economía mundial. Resulta un poderoso indicador frente a ello que un dilecto representante del elenco noventista estadounidense, Lawrence Summers, tras la “Gran Recesión” (2008), haya postulado que atravesamos una fase de “estancamiento secular”. Es decir, lo opuesto al planteo liminar de la “globalización”. El ex Secretario del Tesoro de los últimos dos años de la administración Clinton, un prominente académico, de antecedentes familiares de peso en la economía institucional, introdujo una cuña definitiva en la discusión del largo plazo económico internacional: la economía global se confronta a un panorama de bajo crecimiento tendencial producto de una crónica insuficiencia de demanda, que hace inviable la traducción del ahorro en inversión. La economía “ofertista” o “vudú” quedaba, pues, al desnudo como una “oración vacua”.

10) Durante los años ochenta ya se conoció un escalón previo de lo que durante los noventa fue el embate “conceptual” globalizador. Una corriente de opinión extendida en el mundo académico comenzó a hablar de Revolución Científico Técnica (RCT) como un hecho gravitante que empalmaba como la salida progresiva a la crisis de los setenta. Esta fue ya una interpretación que emergía con la perspectiva de una U.R.S.S. declinante, y transfería la dinámica orientadora del proceso histórico al líder de Occidente, los EE.UU. Debe recordarse que los años ochenta marcaban la plena fuerza de la respuesta conservadora, hegemonizada por la entente estadounidense-británica, y que colocó en el plano europeo-continental a los partidos socialistas en el gobierno en un viraje hacia posiciones conservadoras, y a las propias formaciones comunistas hacia eso que se dio en llamar eurocomunismo. Precisamente sobre todo desde esas posiciones de izquierda cabalgó, con fuerza, este manifiesto apolítico del progreso.

11) Es harto evidente la mutación que estamos viviendo. La ola de “populismo del norte” ha terminado por refutar casi dos décadas de denuestos “sociológicos” sobre la periferia latinoamericana como reservorio exclusivo de esa corriente. Desde la crisis de 2008 mucho se ha visto y, probablemente, mucho más vamos a ver. En nuestro país, voces reconocidas del universo oficial como Felipe de la Balze (2016) o Rosendo Fraga (2016), han dado cuenta recientemente de que nos hallamos frente a un tiempo diferente, y que la geografía vuelve a hablar. El “retorno” de la geografía y la presencia maciza de la geopolítica son dos manifestaciones indudables de que estamos asistiendo a una vuelta de página de la historia.

Referencias bibliográficas

- Altamira, J. 2004. La ideología del imperialismo. Noticias del CeHu 31/14. Disponible en <http://elistas.egrupos.net/lista/humboldt/archivo/indice/15721/msg/16036/>
- Beinstein, J. 1999. La larga crisis de la economía global. Ediciones Corregidor. Buenos Aires.
- de la Balze, F. 2016. El mundo que diseña Trump. En Diario Clarín, Buenos Aires, 26/11/16.
- Diario La Jornada. México debe volcarse a promover el mercado nacional, planteó Slim. México, 2/12/16
- Fraga, R. 2016. El nacionalismo antisistema crece en todo Occidente. En Diario La Nación, Buenos Aires, 2/12/16